



PONTIFICIUM CONSILIUM  
DE CULTURA

MENSAJE

**DE SU EMINENCIA EL CARDENAL GIANFRANCO RAVASI**  
PRESIDENTE DEL CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA  
A LOS PARTICIPANTES EN LA XXXIII CÁTEDRA DE ARTE SACRO  
“SAN JUAN PABLO II: SU MIRADA AL ARTE CONTEMPORÁNEO”  
MONTERREY, MÉXICO, DEL 2 AL 4 DE SEPTIEMBRE DE 2014

Estimada Señora Florencia Infante,  
Apreciados y Honorables todos,  
Señoras y Señores:

Con inmensa alegría saludo a la apreciada Sra. Florencia Infante, Presidente y Fundadora de la Cátedra de Arte Sacro, así como a todos los organizadores y participantes de esta XXXIII Cátedra de Arte Sacro que se inaugura hoy en Monterrey. A esta tradicional y bien cuidada Cátedra mi más cordial felicitación.

Me alegra de modo especial que la realización de esta Cátedra de Arte Sacro en estrecha colaboración con el Consejo Pontificio de la Cultura, haya escogido por tema a San Juan Pablo II y su relación con el arte.

Cuando se debe hablar de san Juan Pablo II desde el punto de vista teológico-literario, la primera imagen que se viene a la mente es la misma que un escritor cristiano del siglo III, Orígenes, había adoptado al inicio de uno de sus comentarios bíblicos: “Como a quien, metiéndose en el mar sobre una barquita, le sobreviene una fuerte angustia al confiar en un pequeño trozo de madera frente a la inmensidad de las olas, así también nosotros nos sentimos angustiados mientras osamos adentrarnos en un vasto océano”. La enseñanza de Juan Pablo II es, efectivamente, similar a un “vasto océano”: 14 encíclicas, 13 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 41 cartas apostólicas, miles de discursos e, incluso, dos libros: *Cruzando el umbral de la esperanza* (1994) y *Don y misterio* (1996).

A sus espaldas está, además, toda su historia previa como obispo, teólogo, filósofo e, incluso, poeta y dramaturgo. Sus mismos inicios sacerdotales eran ya significativos, pues entrelazaban, por un lado, la tradición espiritual cristiana clásica, atestiguada en su tesis doctoral en teología (1948) sobre el tema de la fe en las obras de san Juan de la Cruz, -el célebre místico español del siglo XVI-, y por otro lado, la novedad y la originalidad mediante la tesis para el doctorado en filosofía (1953) sobre el diálogo entre la ética cristiana y el sistema filosófico del pensador alemán Max Scheler (1874-1928).

Él siempre había acompañado la reflexión teológico-filosófica a la producción literaria, sobre todo poética y teatral, llegando al punto de ser promotor en Cracovia del “Teatro rapsódico”. Sólo por evocar dos títulos, entre los más notables, pensemos

en el drama *El taller del orfebre*, destinado a la compañía teatral que Karol Wojtyła había constituido en Cracovia, o el poema *Tríptico romano*, donde el Papa revivía la excepcional, más aún única, experiencia de su elección al interior de aquella joya absoluta de arte y fe que es – como él la definía – “la policromía Sixtina”.

Nosotros, en cambio, reservaremos ahora una atención particular a su magisterio específico sobre el arte en su faceta de Pontífice. Naturalmente el texto capital es la sorprendente *Carta a los artistas* que presenta en la fecha emblemática de la Pascua de 1999, un escrito colocado casi como portal de ingreso al gran Jubileo del año 2000. Antes, sin embargo, como a modo de pródromo merece ser citada una Carta Apostólica, poco conocida, titulada significativamente *Duodecimum saeculum*, fechada el 4 de diciembre de 1987. Ella hace referencia a un evento eclesial decisivo para la misma historia del arte, el segundo Concilio de Nicea, celebrado exactamente doce siglos antes, en el año 787. Aquella reunión, cancelando el oscuro paréntesis del iconoclasmo, reafirmaba no sólo la legitimidad de las imágenes artísticas sacras, sino que exaltaba además su dimensión teológica y su función litúrgica.

En esta perspectiva Juan Pablo II, mediante esa Carta Apostólica para el centenario del II Concilio de Nicea, confirmaba la función evangelizadora, espiritual y pastoral del arte cristiano, compartiendo, por ejemplo, la convicción expresada por artistas de todos los siglos que han considerado sus obras como una vía de revelación de las “maravillas” de la fe cristiana, sobre todo para los analfabetos. Así, se había configurado, por ejemplo, la *Biblia pauperum*, a menudo pintada o esculpida en las “páginas” de piedra de las paredes de los templos. Afirmaba Juan Pablo II en ese documento: «Los fieles cristianos de hoy, como los de ayer, han de ser ayudados en la oración y en la vida espiritual con la visión de obras que intentan expresar el misterio sin ocultar nada. Esta es la razón por la que, hoy como en el pasado, la fe es el necesario estímulo del arte eclesial».

Llegados a este punto, es necesario referirnos a la *Carta a los artistas* ya evocada: ella constituye el texto fundamental de la enseñanza de Juan Pablo II sobre la belleza artística, pero también sobre el diálogo con los artistas, siguiendo la estela de las intervenciones precedentes, de extraordinaria intensidad y sugestión, propuestas por Pablo VI y en preparación a los sucesivos pronunciamientos de Benedicto XVI. Lo escrito por el Papa Wojtyła une admirablemente el recorrido antropológico y moral con la perspectiva teológica, en una amalgama de fuerte pasión, pero también de gran rigor ideal.

Es, así, una sorpresa descubrir en un documento pontificio la presencia de Dante y de Dostoevskij, de Claudel y de aquél gran cantor de la belleza de iconos que fue Pavel Florenskij. Sorprende también ver junto a las raras intuiciones de Nicolás Cusano los suntuosos empastes cromáticos de Chagall. Que el autor de esta *Carta a los artistas* sea un Papa que – como ya se ha dicho – ha sido dramaturgo, poeta y escritor, se percibe por estas referencias y las que están ligadas también a la cultura de su tierra. Por un lado, en efecto, en el escrito aparece una citación de Adam Mickiewicz (1798-1855), el poeta del pueblo polaco y, por otro, se evoca la figura de Cyprian K. Norwid (1821-1883), amigo de Chopin, famoso por la poesía *El piano de*

*Chopin*, que se ha transformado en una especie de emblema nacional polaco. Fue él quien cantó el arte como la flor del amor que hunde sus raíces en el terreno de la libertad.

Obviamente, la Carta de un Papa tiene siempre una finalidad ulterior, teológica y espiritual, pastoral y eclesial, sin embargo, la base de este documento intenso y sugestivo es histórica, se anuda a aquel hilo de oro que ha unido desde siempre a través de los siglos la fe y el arte. Este connubio, empero, en los últimos tiempos, se ha ido resquebrajando o quizá ya esté roto. Por ello, Juan Pablo II volvía a lanzar a los artistas el mensaje del Concilio Vaticano II, ese texto bellissimo que de joven tuve yo mismo la fortuna de escuchar en vivo la mañana del 8 de diciembre de 1965 en Plaza San Pedro: «A todos vosotros, artistas, que estáis prendados de la belleza y que trabajáis por ella... Hoy como ayer, la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros. Ella os dice por nuestra voz: No permitáis que se rompa una alianza fecunda entre todos». Pablo VI, un pontífice tan sensible al arte, a la poesía, a la música, al pensamiento, había repetidamente confirmado durante su grande y profundo magisterio este tema de la “alianza” que se había de tejer de nuevo entre arte y fe.

También la Carta de Juan Pablo II lo hace con insistencia, no sólo recorriendo el glorioso arco del pasado, cuando para el artista «la materia estaba inclinada a la adoración del misterio» y el icono se convertía «en cierto sentido en sacramento» de la presencia divina, sino también con la convicción – expresada en voz baja y bajo el velo de una pregunta – de que «el arte tiene necesidad de la Iglesia». Tiene necesidad porque la Biblia es «el gran léxico» iconográfico del arte (Caudel), es «el alfabeto colorido de la esperanza en que han mojado su pincel los artistas de todos los siglos» (Chagall). El arte tiene necesidad de la fe cristiana también porque «el dogma central de la Encarnación del Verbo de Dios ofrece al artista un horizonte particularmente rico de motivos de inspiración».

Pero desde la historia, la reflexión del Papa, se extiende a lo largo de una trayectoria exquisitamente teológica. El arte es una epifanía de la belleza divina y es por ello mismo generación de gracia y de iluminación; es, por usar una célebre locución dantesca «a Dio nepote» (“la nieta de Dios”). La lectura de esta dimensión trascendente del arte es conducida por Juan Pablo II en clave trinitaria. El artista participa en la obra creadora del Padre: «Dios ha llamado a la existencia al hombre transmitiéndole la tarea de ser artífice... llamándolo a compartir su potencia creadora». La Encarnación del Hijo de Dios ha irradiado de luz, verdad y belleza a la historia y al mundo, haciéndolas disponibles al ojo, a la mente y al corazón del artista: «Haciéndose hombre, el Hijo de Dios introdujo en la historia de la humanidad toda la riqueza evangélica de la verdad y del bien, y con ella ha desvelado también una nueva dimensión de la belleza: el mensaje evangélico de esto está lleno hasta el borde». Y, en fin, el Espíritu Santo, «misterioso artista del universo», que «invade desde el inicio la obra de la creación», transfigura toda creación artística «con una suerte de iluminación interior que pone juntas la indicación del bien y de lo bello», ofreciendo así «la posibilidad de hacer alguna experiencia del Absoluto que lo trasciende».

Si, por ende, el arte tiene en su raíz esta iluminación divina, éste se convierte, a su vez, en signo de lo divino: «el arte debe hacer perceptible y fascinante el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios». Es la *via pulchritudinis* que la tradición cristiana siempre ha recorrido, que ha sido formalizada ulteriormente por el pensamiento teológico de Hans Urs von Balthasar con su “estética teológica” expresada en su monumental obra de arte *Gloria*. Una vía que estaba en el corazón de los mismos artistas del pasado; en efecto, ya en los *Estatutos de arte* de los pintores sieneses del siglo XIV se leía: «Nosotros somos manifestadores, para los hombres que no saben leer, de las cosas milagrosas obradas por la virtud de la fe».

Sin embargo, hay en las palabras del Papa también una sutil preocupación que pudiéramos llamar “existencial”, aun siendo de naturaleza pastoral. El arte es necesario en un mundo que está oscureciendo, que se decolora en la superficialidad, que pierde la energía del espíritu, que camina a tientas, sin rumbo y sin meta. Juan Pablo II recurre a un poeta amado, el ya citado Mickiewicz quien estaba convencido de que «emerge del caos el mundo del espíritu». El Papa está cierto de que «la humanidad de todos los tiempos – incluyendo la del tiempo presente – espera ser iluminada en su camino y en su destino». En esta perspectiva, bello, verdadero y bueno se entrelazan espontáneamente en el arte auténtico.

Bajo esta luz es comprensible el célebre aserto de Dostoevskij según el cual «la humanidad sin la belleza no podría vivir más». Concluyendo podemos, pues, oír de nuevo el citado mensaje del Concilio como síntesis ideal y fuente del mensaje artístico-espiritual de san Juan Pablo II: «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste a la usura del tiempo, que une a las generaciones y las hace comunicarse en la admiración. Y todo esto gracias a sus manos».

Espero que esta Cátedra que hoy se inaugura, sea un instrumento eficaz para generar un renovado estudio desde la transversalidad de la cultura, que suponga acercarse al hombre desde diversas disciplinas artísticas, en la articulación antropológica de responder al sentido trascendente de la vida. Sólo un diálogo que toca las cuestiones fundamentales de la existencia humana podrá seguir interpelando, de forma directa y creativa, al hombre y a la mujer contemporáneos, no obstante la diversidad cultural y el pluralismo social y religioso.

Al comienzo de los trabajos de esta Cátedra, ruego a Dios que aumente el ardor de todos los participantes para que puedan anunciar a Cristo a tiempo y a destiempo desde el arte, uno de los más privilegiados e inquietantes areópagos contemporáneos.

Con afecto en el Señor,

  
Gianfranco Cardenal Ravasi  
Presidente